

é independiente capaz de dar su nombre al conjunto de los griegos. Es probable que el nombre de aqueos, que subsistió durante los tiempos helénicos en una parte de Tesalia, al Norte del Peloponeso y en Italia, llegara á ser un nombre local á consecuencia del trastorno producido por la emigración de los dorios, siendo aceptable la opinión de que, antes del período helénico, el nombre de aqueos no era un nombre de raza, sino que significaba únicamente *los nobles, los excelentes*, y viene á ser para el conjunto de la nación de los héroes, lo que mas tarde representa para la masa total la raza de los caballeros, que aparecen, hasta el salvaje tiempo dórico, como los mantenedores de la historia de la Grecia, salida ya del estado pelásgico.

Entre las formaciones de las razas y de los Estados, hay algunas, de las cuales se han encontrado importantes ruinas, aun en el tiempo helénico. Mientras los dorios, que pronto serán llamados á ocupar por espacio de muchos siglos la jefatura de las comarcas situadas entre el Ceta y el Eurotas, viven todavía en las montañas del Norte como un pueblo montañés falto de civilización, encontramos en esa hermosa cuenca situada al Nordeste de Grecia y que entonces no se llamaba todavía Tesalia, algunos pueblos que desempeñan un papel importante en la historia griega; tales son, entre otros, los lapitas del Osa y del Peneo; los arneos ó beocios del Sudeste de la cuenca de este río, que despues conquistaron el valle del Copai; y sobre todo los minios, una de cuyas ramas tenia su principal residencia y punto de partida en Yolcos, en el golfo Pagaseo, mientras la otra habia establecido desde Orcomene su dominación al Oeste del territorio del Copai, y estaba en pugna con los cadmeos de Tebas.

La raza jónica estaba entonces muy léjos de tener la significación que posteriormente debia alcanzar; pero su territorio se extendia ya por una parte importante de la Grecia. Nada diremos de algunas razas del pueblo griego que, segun algunos investigadores, pueden ser consideradas como afines á la raza jónica. Extendióse esta por toda la costa septentrional del Peloponeso (por la antigua comarca de Egialea del golfo de Corinto), por una parte de la costa oriental de esa península, en el golfo de Salónica, y por Megara y Atica, siendo esta última el único, de entre los varios cantones, que alcanzó cierta significación aun antes de la dominación dórica. En ella apareció, despues de rudas luchas, y con el objeto de reunir en un solo y ordenado Estado los varios municipios del territorio, el citado Teseo, ó por mejor decir, una raza de caudillos guerreros que derivaron su descendencia del héroe de la raza jónica, Teseo, del castillo de Cécrope (despues Acrópolis de Atenas) y de la llanura del Cefiso.

VII. — LOS ANTIGUOS ESTADOS GRIEGOS

Entre los Estados griegos que existían antes del período dórico, los del Peloponeso fueron los que mayor importancia alcanzaron. El pequeño reino de los Nelidas, situado al Sudeste de la península, y cuyo asiento central era Pilos (en la bahía de Navarino), es famoso no solo por ser la patria del sabio Nestor, sino por haber dado origen á eminentes razas nobles que debían llegar á ser, durante la época helénica, los poderosos mantenedores de la gloria ática. Mas importante fué sin duda en el período aqueo el poder de la casa real de los Atridas, cuyo esplendor fué oscurecido por sangrientas y horribles leyendas.

La parte del Sudeste del Peloponeso llegó á ser tambien un asiento principal de la rica, poderosa y guerrera dominación aquea. El territorio mas importante en este tiempo es la Argólida interior, la comarca de la estirpe de Dánao. La residencia principal de los Atridas es Micene, desde

GRECIA Y ROMA

donde Agamemnon, el poderoso y fuerte sostenedor del nombre griego, antes de la época dórica, dominó un territorio que se extendía mas allá de la llanura de Argos, por la comarca de la Argólida. Dominado por Micene el territorio que se extiende hasta Corinto, Cleone y el valle del Asopo, al rey de Micene estaban sujetos los caudillos de la costa oriental de la Argólida, de Tirinto y Argos, y los de las costas de la península del Paron, mientras que los del valle del Eurotas se decían tambien descendientes de Atreo.

Hasta nuestros días se ha conservado una imponente ruina, reconocida como de gran importancia, gracias á los poderosos descubrimientos de Schliemann, que es un vivo testimonio de la gran significación que alcanzó el poder de los Atridas. Consiste en los restos del castillo de esa raza real de Micene, que en sus distintas partes muestran las huellas de un notable desarrollo llevado á cabo bajo la influencia de los fenicios, desde los muros de la mas ruda clase ciclópea, hasta la cuadrada construcción arquitectónica. Dicho castillo, desde el cual se domina la llanura de Argos y el golfo de Nauplia, se alza en la llanura de Inaco, dos horas y media hácia el Norte de Argos. La colina sobre la cual se levanta, y que al Este se une con las montañas que la circundan, está rodeada por una fuerte muralla compuesta de negruzcas rocas aglomeradas, que sigue especialmente el borde de las peñas y muestra, en sus diversas partes, ya macizas y rudas capas de piedras, como en Tirinto, ya peñascos muy angulosos y artísticamente encajados, ya, en determinados espacios, capas horizontales de rocas con juntas rectangulares. Esta última disposición se observa particularmente en los dos fuertes aleros que cubren y defienden el acceso á la puerta principal, abierta en el lienzo Sudoeste de la muralla y conocida con el nombre de *Puerta de los leones*, denominación que se deriva de unos antiquísimos restos de escultura que en ella se han hallado. La abertura triangular del muro practicada encima de la puerta, es un relieve de amarillenta piedra caliza, de dos pies de espesor, por diez de altura y doce y medio de base, dividido por una columna perpendicular de achatados perfiles, y á cuyos lados se ven dos leones. Las fieras, cuya estructura rígida y simétrica, recuerda los escudos de armas, tienen sus patas delanteras apoyadas en la base de las columnas; en cuanto á las cabezas, que probablemente eran salientes, están hoy completamente destrozadas. La parte mas interior de este castillo, es decir la cima de la colina, estaba tambien resguardada por una pequeña muralla; y se encerraba además, cerca de la puerta de los leones, el recinto de las murallas que defendían la ciudad baja de Micene. Esta se hallaba situada en el cerro que se extiende hácia el Sur al pié de la vertiente occidental de la roca que corona el castillo, cerro que todavía hoy está mas elevado que la llanura y la moderna población griega de Charvati. En esta ciudad baja se encuentran muchas y maravillosas construcciones subterráneas, casas, tesoreras y sepulcros de los antiguos príncipes del país, en su mayor parte perfectamente conservados. Aquel edificio circular que, análogo á la Tesorería de Minias en Orcomene, es conocido con los nombres de Tesorería de Atreo y Sepulcro de Agamemnon, es en extremo interesante, prescindiendo de lo construido en un principio, por el Tholos, ó bóveda interior circular, formada por una línea redonda con capas horizontales de piedras que se adelantan hácia el interior, y cada una de las cuales constituye un verdadero anillo. A medida que esos anillos se elevan, van disminuyendo y formando un espacio cónico que se estrecha y termina en una sola piedra, remate de todo el edificio. El portal estaba trazado artísticamente y ricamente adornado. En las paredes del Tholos, en las cuales son de ver mas de veinte fuertes hiladas de piedra, se abrie-

ron líneas regulares de troneras, en las cuales se clavaban clavos de cobre, para acomodar las planchas de metal que servían de adorno interior. Finalmente, una puerta más pequeña practicada en un oscuro aposento, abierto en las peñas, sin obedecer á una severa simetría, conduce al lado septentrional del Tholos, es decir, á la entrada principal. Al terminar este edificio, que en su conjunto es un subterráneo, se amontonó sobre el mismo toda la tierra sacada de la colina, con cuyo peso estuvieron entre sí sostenidos los círculos de piedra de la bóveda. Este Tholos y otros edificios semejantes, contenían sepulcros y tesoreras: el aposento practicado en las peñas servía de mausoleo; y la bóveda circular contenía las riquezas y objetos preciosos, no del jefe existente, los cuales por regla general se guardaban en la Acrópolis, sino de sus ascendientes que habían merecido el nombre de príncipes de la guerra. Schliemann encontró también en la Acrópolis sepulcros con restos humanos y valiosos objetos de oro.

VIII.—ÉPOCA DE LOS AQUEOS

De todo esto se deduce claramente que en una parte considerable del mundo griego había comenzado á florecer gradualmente un elemento no despreciable de cultura. Por fortuna los licenciosos ritos del culto fenicio fueron abolidos; aunque por desgracia no desaparecieron tan por completo los sangrientos rasgos del mismo. La guerra y las batallas originaron entre los griegos, como despues entre los romanos, hasta en los tiempos de su mayor civilización, un derecho de guerra que aniquilaba todo derecho particular de los vencidos, entregaba á las llamas las ciudades conquistadas y ponía en manos del vencedor, á manera de botín, las personas y las familias de los enemigos. Pero la misma lucha perdió gradualmente su antigua y bárbara forma, empleándose contra los enemigos otros medios reconocidos como más nobles. Los caballeros griegos, que gozosos acometían en la batalla montados en carros, que lanzaban contra el enemigo sus terribles dardos y que pocas veces hacían uso de la espada y menos del arco, buscaban con preferencia la lucha cuerpo á cuerpo con adversarios de igual fuerza y evitaban, por regla general, ensañarse con los hombres vulgares. Siempre, á pesar de todo, se sostuvo la bárbara costumbre de arrancar el vencedor, como botín, las armaduras de los enemigos heridos y aun palpitantes. Consecuencia de estas guerras fué la esclavitud, otra de las bases fundamentales de los mismos Estados helénicos, esclavitud que de positivo se aumentó despues de la emigración dórica, gracias á la mayor extensión que adquirió el carácter político de la Grecia. Es, sin embargo, muy notable que la antigua rudeza y la sangrienta rusticidad disminuyeron poco á poco en este noble pueblo, habiendo desaparecido del todo precisamente en el momento terrible en que la ardiente pasión de los griegos había derribado todos los diques. El asesinato y el homicidio, tales como los encontramos descritos en las antiguas tradiciones, dejan de ser acontecimientos diarios. Tampoco la vengan-

za sangrienta toma la forma horrible, que reviste en siglos posteriores entre los corsos y los mainotas; por el contrario, se presentan vestigios y tradiciones de un hermoso y moral idealismo. La delicada amistad, la estimación y respeto de los jóvenes griegos á los ancianos, que parece completamente fabulosa para la juventud actual; la noble fidelidad de las mujeres; el buen sentido familiar que hasta nuestros días ha caracterizado á los griegos; la elevada concepción moral de lo bueno y de lo noble, brillan entonces en las tradiciones del mundo antiguo de los aqueos, dándoles un carácter apacible y grato para el corazón.

En cuanto á las costumbres y al cielo de los griegos, tales como aparecen en las narraciones de la época aquea, sobre la base del poema homérico, hablaremos de ellos al describir el período en que probablemente aparecieron estas composiciones épicas.

Terminaremos el presente capítulo con una ojeada al nacimiento de una institución, que en aquel antiguo tiempo era á propósito para armonizar, en el terreno común del culto, las diferencias entre las razas y cantones griegos, y para establecer entre ellas amistosas relaciones.

Nos referimos á los sacrificios en común, ó sea al principio de las anfictionías ó reuniones de varias estirpes para la celebración de determinadas fiestas de sacrificios. Entonces se nos aparecen los maleos, los tesálicos magnetas, los perreos, los friotas, los eteos, los dolopes, los locrios, los focenses y una rama jónica de la Eubea, ofreciendo durante el otoño, despues de la cosecha, sacrificios á Anthela, en las Termópilas, y á Demeter el del agradecimiento común por la bendición del año. Los jonios de la costa septentrional del Peloponeso ofrecían, en las playas del Hélica, sacrificios de animales á Poseidon, en honor del cual celebraban, asimismo, durante el verano una gran fiesta de sacrificios los jonios de Atenas, Megara, Corinto, Epidaurio y Trezene, reunidos y dirigidos por los atenienses descendientes de Teseo. Del propio modo se reunían en la isla de Calauria, para el servicio de Poseidon, los minios de Orcomene, los griegos de Atenas, Egina, Epidaurio, Trezene, Hermione, Nauplia y Prasia.

Estos sacrificios eran sumamente ricos, inmoldándose en ellos gran número de terneras y ovejas.

Las divinidades griegas eran veneradas sin templos ni ídolos; tan solo entre las razas caballerescas las familias conservaron en sus altares y en sus mitos, mezclados con ciertos sacrificios, los cantos sagrados y las solemnes evocaciones de la divinidad, es decir, el servicio y los usos religiosos, transmitiéndolos de una en otra religión.

La vida griega había tomado una forma en extremo rica, cuando se sintió la última de las antiquísimas conmociones del pueblo de la península ilírico-griega, conmoción general que se extendió por todas las comarcas, desde el Olimpo al promontorio de Malea y desde el mar Jónico á las montañas del Asia menor, á la cual debió la Grecia entera la fisonomía etnográfica que la ha distinguido hasta la emigración de los búlgaros y de los eslavos.

CAPITULO III

EMIGRACION TESÁLICO-DÓRICA Y SUS CONSECUENCIAS.—LA NUEVA GRECIA HELÉNICA

- I. Emigración tesálico-dórica y sus consecuencias.—II. Atica.—III. Emigración griega al Asia menor.—IV. La nueva Grecia helénica.—V. Los grandes grupos de raza helénica.—VI. Carácter nacional helénico.—VII. Carácter de las razas.—VIII. El nombre de *helenos*.—IX. Religión y poesía helénicas.—X. Estado de cultura de Grecia.—XI. Laconia.—XII. Constitución de Licurgo en Esparta.—XIII. Periecas é ilotas.—XIV. Licurgo é Iphitos: comienzo de la era de las Olimpiadas.

I.—EMIGRACION TESÁLICO-DÓRICA Y SUS CONSECUENCIAS

La historia de la inmigración de las antiguas razas en la comarca que se extiende al Sur del Olimpo, está envuelta en la más profunda oscuridad, no siendo tampoco muy posible llegar á resultados ciertos acerca de la conmoción de los pueblos consumada en varios cantones en época anterior á la de los dorios. En cambio la tradición griega la explica, atribuyendo la alteración del mapa de Grecia, al terminar el período aqueo, al cambio decisivo de la forma política del antiguo mundo griego, y el restablecimiento de aquel sistema etnográfico, con que comienza la historia griega durante el período helénico, á una última emigración de los pueblos del Norte, que comenzó, según la cronología comunmente seguida, en 1124 antes de Jesucristo, esto es, 60 años despues de la pretendida conquista de Troya.

Nuevas investigaciones cronológicas han puesto, sin embargo, de manifiesto que probablemente, en conexión con la cronología antes citada de las relaciones greco-fenicias y sus consecuencias, la última gran conmoción etnográfica que aconteció en el suelo griego, debió de haber comenzado más de cien años despues de la mencionada fecha, es decir, allá por el año 1000 antes de Jesucristo. Probablemente dieron lugar á esa conmoción algunos pueblos septentrionales, hasta entonces desconocidos. Algunas generaciones antes, la invasión de los peonios pertenecientes á la familia frigia había roto en el territorio macedónico, al lado Norte del Olimpo, la conexión de las antiguas razas griegas, arrastrándolas, por decirlo así, y dando origen á un nuevo empuje de elementos pelásgicos hácia la cuenca del Peneo; y de un modo igualmente intolerable parece haber pesado al Oeste del Lacmon y del Pindo la presión de los ilirios procedentes del Norte, sobre los pueblos pelásgicos del Epiro. A partir de este punto nace el grande empuje que debía trastornar las instituciones de los Estados, fuertemente unidos, del período aqueo. La tradición de los griegos y la cronología común á ella enlazada, omiten, sin duda, la completa y monstruosa revolución que cierra el período aqueo y cuyas consecuencias se consumaron incluso la extensión de los griegos por el mar Egeo y el Asia menor occidental, en el espacio de 80 años. La investigación ha encontrado otras noticias, y nos muestra que los antiguos Estados, con una excepción en la Grecia central y otra en el Peloponeso, desaparecen ante las razas venidas con la corriente de la nueva emigración. Muéstranos además que restos y miembros dispersos de las antiguas razas y comunidades, destrozadas entre sí, son vencidos en todos los puntos del continente griego. Pero todavía trascurrieron muchos siglos hasta que los nuevos conquistadores pudieran vencer la última oposición que en sus nuevas residencias se les hacía, y sobre todo hasta que nacieron las relaciones de paz y tranquilidad aqueude y allende los mares.

No debe olvidarse que desde esta conmoción aparece en la historia de Grecia una institución nueva y poco consoladora; nos referimos al hecho repugnante de que la formación de los Estados de la nueva Grecia se lleva á cabo, en una parte no pequeña del territorio, sobre la base de la esclavitud y de la opresión.

Esta importantísima variación se verifica de la manera siguiente. Ante la presión de los ilirios, una parte importante del pueblo epirota del Thesproter, los tesalios, sale en 1124, según la cronología usual, del Epiro, y por el Pindo pasa al territorio del valle del Peneo que, á causa de esa nueva emigración, tomó al principio el nombre de Tesalia. Durante la tarea de afirmar el helenismo en el Epiro, que desde ese tiempo correspondió á los valientes molosos, se precipitaron los tesalios desde el Pindo hácia el Este, con estrepitosa energía, sobre los civilizados griegos que poblaban la comarca baja, y destrozaron con rápido éxito sus Estados. Aquí se presentan dos consecuencias, que se suelen enlazar con la catástrofe entonces iniciada en varios cantones del mundo griego. Los más rudos, soberbios y enérgicos elementos de la antigua población, si no perecen en la lucha, se deciden á su vez á emigrar y á fundar, por medio de las armas, una nueva patria. Los lapitas y los minios de Yolcos se dispersaron sin duda por las varias comarcas de la Grecia; al paso que los rudos arneos emigraron en masa hácia la Grecia central, se precipitaron sobre la cuenca del Copai, en donde destrozaron los antiguos Estados de Tebas y Orcomene, arrojaron de allí á los elementos hasta entonces preponderantes, y finalmente, reunieron bajo su nueva soberanía toda la comarca que conoce ahora la historia con el nombre de Beocia.

En Tesalia los nuevos señores oprimieron á los antiguos habitantes á quienes habían sujetado y que habían permanecido en el país, reduciéndolos á la condición de siervos. De este modo nació aquella institución perjudicial que desde entonces vemos repetirse, no solo en los nuevos Estados griegos, sino en los posteriores dominios coloniales helénicos, y que produjo en Tesalia, hasta muy entrada la época romana, la más horrorosa situación social. El nombre histórico de los antiguos habitantes de la cuenca del Peneo, reducidos á esclavitud, es el de penestos.

Mientras los arneos se ocupaban en redondear su conquista de la Grecia central, y mientras los tesalios se preparaban convenientemente para sujetar á los pueblos guerreros que habitaban las elevadas comarcas que circundan el territorio del Peneo, verificaba uno de estos pueblos la conmoción que debía resonar hasta el Citeron y aun más lejos, de un modo nuevo y peculiar, hasta las últimas comarcas meridionales del Peloponeso. Nos referimos á los dorios, hasta ahora poco nombrados, que habitaban en la vertiente meridional del Olimpo, y una parte de los cuales se extendió